



“En la linealidad de la evolución y la muerte”
p. 95-118

La invención de la muerte
Ensayo sobre el deceso humano
y los orígenes de la religión
Roberto Martínez González

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Figuras
(Antropológica 29)

Primera edición impresa: 2022

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2022

ISBN de PDF: [en trámite]

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2022: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

EN LA LINEALIDAD DE LA EVOLUCIÓN Y LA MUERTE

Si, como vimos en los capítulos anteriores, las conductas de los animales no humanos ante la muerte muestran la existencia de culturalidad en el dominio de la naturaleza, las respuestas de las sociedades históricas analizadas evidencian que la creación de nuestros mundos culturales se conforman como soluciones a la naturaleza misma del deceso. Las primeras constituyen el punto de partida de nuestro estudio, las segundas, el de llegada; habiendo explorado los polos, corresponde a esta sección abordar su desarrollo a lo largo de la historia evolutiva de nuestro género.

¿Qué nos dicen los registros paleontológicos y arqueológicos del tiempo en que se gestó la humanidad sobre la invención de la idea de muerte y sobre el origen de la religión? ¿Es posible deducir de las conductas reflejadas en restos tan antiguos y tan escasos fenómenos tan sofisticados como la creencia y la ritualidad mortuoria?

A través de un breve recorrido por las evidencias materiales disponibles, intentaremos, en un inicio, reconocer las huellas de aquellos comportamientos registradas en las sociedades de primates. Buscaremos, entonces, identificar los momentos en los que pudieron ocurrir prácticas semejantes a las observadas en nuestra especie. Y cerraremos explorando las posibles correlaciones que pudieran establecerse entre estos eventos y otras manifestaciones culturales complejas.

Los caminos de la evolución

Para que los restos orgánicos logren conservarse a lo largo de millones de años, es necesaria la coincidencia de una multiplicidad de factores ambientales sumamente inusuales: falta de oxígeno, suelos alcalinos, poca variación climática, etcétera. La mayor parte

de los materiales se descomponen en poco más de una década y sólo los más resistentes perduran a través de su fosilización. A ello se suma gran variedad de fenómenos biológicos —como carroñeo, intrusión de raíces o excavación de madrigueras— y geológicos —como fallas, derrumbes o erupciones— que perturban las condiciones en las que originalmente hubieran podido desarrollarse los depósitos. Es por ello que hoy nos resulta tan difícil reconocer las pautas conductuales que hubieran podido dar lugar a los diversos contextos arqueológicos que contienen vestigios de homínidos pliocénicos o pleistocénicos. Como quiera, el uso mortuorio de los sitios suele ser deducido en función de la concentración de restos en espacios relativamente estrechos, el buen estado de los huesos, la conservación de relaciones anatómicas, las disposiciones inusuales de los materiales asociados y, sobre todo, la existencia de constantes en el arreglo de los objetos concernidos.

Tal como se ha observado en los mamíferos modernos, los vestigios humanos de otros tiempos parecen dar cuenta tanto de actitudes de “compasión” como de violencia endoespecífica; en ambos casos, las evidencias más antiguas se remontan a unos dos millones de años atrás y recorren muy variadas especies.

Sabemos de ancianos desdentados y encorvados, infantes mentalmente discapacitados y adultos severamente inmovilizados que, difícilmente, hubieran sobrevivido sin el apoyo de otros miembros de sus grupos. De momento, las evidencias más antiguas de conductas de “compasión” registradas en homíninos datan de hace 1.77 millones de años y corresponden a uno de los restos de *H. georgicus* recientemente hallados en Dmanisi. Se trata del cráneo de un anciano desdentado que difícilmente hubiera podido continuar alimentándose sin la ayuda de los otros miembros de su grupo. Algo semejante se dedujo de los restos desgastados y encorvados de un viejo *heidelbergensis* conocido como Elvis. En Kenia, los huesos del *H. ergaster* KNM-ER 1808 muestran una pérdida de densidad ósea similar a la producida por hipervitaminosis A; si este fuera el caso, tal individuo hubiera sufrido de mareos, dolor abdominal, visión borrosa y otros tantos síntomas que, definitivamente, lo hubieran incapacitado para valerse por sí mismo. El cráneo 14 de Sima de los Huesos, Atapuerca, se corresponde con un niño *heidelbergensis* que

parece haber padecido de craneosinostosis (cierre prematuro de las suturas); sus facultades mentales debieron verse afectadas a causa de dicha condición y, sin embargo, parece haber recibido los cuidados necesarios para que sobreviviera hasta los cinco años de edad. Lo mismo se observa en el Hombre Viejo de Shanidar; un neandertal que tuvo varias fracturas en el brazo derecho, perdió la vista del ojo izquierdo, tenía deformidades degenerativas en ambas piernas y, aun así, logró sobrevivir más allá de los treinta y cinco años.¹

Las marcas de corte, los cráneos fracturados en sus bases y los restos óseos abandonados en basureros sugieren que, al igual que otras 1 500 especies, los homínidos pleistocénicos pudieron haber recurrido al canibalismo. Tal es el caso de las tres huellas de corte sobre un cráneo parcial de *H. habilis* o *Australopithecus* en Stw 53, Strekfontein, Sudáfrica, datados en poco más de dos millones de años. Lo mismo parecen sugerir las fracturas en la base de las calaveras de *H. erectus* que presentan los fósiles de un millón de años de la cueva de Zhoukoudian, China. Las huellas de descarnamiento que presentan los restos craneales de *H. antecessor* de Atapuerca, España (datados en 800 000 AP) son muy similares a las que presentaban los huesos animales con los que estaban revueltos. Es probable que las veinticinco marcas que presentan los huesos cefálicos de Bodo, Etiopía (del 600 000 AP) y los de los neanderthales de Kapina, Croacia, y Abri Moula, Francia, tengan la misma explicación. A estos ejemplos pudieran también sumarse los vestigios neanderthaloides de Castel di Guido, Italia —300 000-340 000 AP—, pues las marcas en “V” que presentan dos de sus fragmentos de cráneo son consistentes con las dejadas por herramientas de piedra durante el proceso de descarnamiento.²

¹ Marie-Antoinette de Lumley *et al.*, “Impact probable du volcanisme sur le décès des hominidés de Dmanissi”, *Paléontologie Humaine et Préhistoire*, v. 7, 2008, p. 62; Alejandro Bonmatí *et al.*, “El caso de Elvis el viejo de la Sima de los Huesos”, *Dendra Médica. Revista de Humanidades*, v. 10, n. 2, 2011, p. 144; Penny Spikins, Holly Rutherford y Andy Needham, “From Hominity to Humanity: Compassion from the Earliest Archaic to Modern Humans”, *Time and Mind*, v. 3, n. 3, 2010, p. 8-9.

² Matt J. Rossano, *The Supernatural Selection. How Religion Evolved*, Oxford, Oxford University Press, 2010, p. 142; Paul Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, Londres/Nueva York, Routledge, 2011, p. 45-46, 55; Eudald Carbonell

Los restos hasta ahora conocidos nos proporcionan muy poca información sobre el comportamiento de aquellos antiguos australopitécidos³ que poblaron las sabanas del oriente africano entre 4 000 000 y 2 000 000 AP. Sabemos que su capacidad craneana no era superior a la de los modernos chimpancés y que, sin embargo, algunas de sus especies más tardías (*Australopithecus garhi*) llegaron a producir herramientas líticas.⁴ Es también probable que tales criaturas se desplazaran en grupos similares a las familias del hombre moderno, pues las huellas de Laetoli, Tanzania, muestran a dos individuos de diferentes tallas —interpretados como macho y hembra— caminando juntos y llevando una carga —muchas veces vista como una cría—.⁵ Tenemos algunos datos sobre su dieta y otros tantos sobre su modo de andar pero, debido al estado fragmentario de la mayoría de los fósiles, sabemos muy poco de los eventos que pudieron desarrollarse en torno a sus muertes.⁶ En el sitio AL 333, Hadar, Etiopía, se localizaron los restos de alrededor de diecinueve individuos de edades distintas (9 adultos, 3 adolescentes y 5 infantes). El hecho de que tales vestigios se encontraran a corta distancia y en casi el mismo estrato hizo suponer que su deceso había tenido lugar en un mismo momento; siendo que los huesos aparecieron en un sustrato arcilloso, se propuso que se trataba de una familia

et al., “Cultural Cannibalism as a Paleoeconomic System in the European Lower Pleistocene”, *Current Anthropology*, v. 51, n. 4, 2010, p. 539-549; Timothy Taylor, *The Artificial Ape. How Technology Changed the Course of Human Evolution*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2010, p. 93.

³ Existen varias diferencias morfológicas entre los miembros del género *Homo* y los de *Australopithecus* y *Paranthropos*, incluyendo la reducción en la talla de los dientes y las mandíbulas, la reorganización de la morfología cráneo-facial y, tal vez, cambios en la forma y talla del cuerpo. Susan C. Antón, “Early Homo: Who, When, and Where”, *Current Anthropology*, v. 53, n. S6: *Human Biology and the Origins of Homo*, 2012, p. S279.

⁴ Taylor, *The Artificial Ape*, p. 81.

⁵ Stephen Lycett y John A. Gowlett, “On Questions Surrounding the Acheulean ‘Tradition’”, *World Archaeology*, v. 40, n. 3, 2008, p. 46.

⁶ Caso excepcional es el del Niño de Taung que, aparentemente, fue raptado y asesinado por un águila. Scott W. McGraw, Catherine Cooke y Susanne Shultz, “Primate Remains from African Crowned Eagle (*Stephanoaetus coronatus*) Nests in Ivory Coast’s Tai Forest: Implications for Primate Predation and Early Hominid Taphonomy in South Africa”, *American Journal of Physical Anthropology*, v. 131, 2006, p. 151-165.

que había sido arrasada por una intempestiva inundación.⁷ Estudios recientes han mostrado que dichos homínidos más bien quedaron sepultados en un cauce seco; lo cual, asociado a la preservación de elementos frágiles —e incluso huesos articulados—, indica que hubo poco transporte fluvial *post mortem*.⁸ A pesar de la escasez de marcas en los huesos, la desarticulación de la mayoría de los restos y el alargado patrón de distribución de siete metros de extensión sugieren que los cuerpos fueron hurgados antes de su enterramiento; la buena conservación de los fósiles, por el contrario, permite descartar a los carnívoros como agentes de depósito. Todo esto, sumado a la falta de indicadores de actividad humana o animal, hace suponer a Pettitt que tales individuos no murieron juntos sino que fueron depositados paulatinamente en ese espacio en un lapso temporal relativamente breve y sólo eventualmente algunos carroñeros aprovecharon las carnes ahí expuestas.⁹

La información es algo más abundante respecto de las conductas *perimortem* del *Homo erectus* y especies coetáneas —un grupo de homínidos, con capacidad craneana cercana a los 1 000 cm³, que comenzaron a dispersarse por África, Asia y Europa hace más de un millón de años—. ¹⁰ Existen múltiples discusiones en torno a si se trató de cazadores o carroñeros, a si tuvieron lenguajes articulados o no, si dominaron el fuego o sólo lo aprovechaban de manera oportunista; lo cierto es que, al menos, algunos de ellos incrementaron considerablemente el tamaño de sus cerebros y desarrollaron una industria lítica mucho más sofisticada que la de sus

⁷ Donald Johanson, Maurice Taieb e Yves Coopens, “Pliocene Hominids from the Hadar Formation, Ethiopia (1973-1977): Stratigraphic, Chronologic, and Paleoenvironmental Contexts, with Notes on Hominid Morphology and Systematics”, *American Journal of Physical Anthropology*, v. 57, 1982, p. 373-402; Lycett y Gowlett, “On Questions Surrounding the Acheulean ‘Tradition’”, p. 46.

⁸ Donald C. Johanson, “Lucy, Thirty Years Later: An Expanded View of *Australopithecus afarensis*”, *Journal of Anthropological Research*, v. 60, n. 4, 2004, p. 472.

⁹ Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 42-44.

¹⁰ *Sensu lato*, *Homo erectus* es un taxón paraguas que puede abarcar a otras especies emparentadas como el *Homo ergaster*, en África, y el *Homo georgicus*, en los límites entre Asia y Europa. Antón, “Early Homo: Who, When, and Where”, p. 292.

antecesores.¹¹ Comparando los distintos hallazgos de fósiles en depósitos fluviales, Dennell observó que sólo dos de ellos se mostraban atípicamente representados por su abundancia de restos relativamente bien conservados; el ya citado AL 333 y Solo, en Ngandong, Indonesia.¹² En este último sitio, se recogió más de una docena de despojos de *Homo erectus*, acompañados de 25 000 de otros mamíferos; lo intrigante es que, mientras los demás animales contaban con segmentos corporales muy variados, los de homínido estaban principalmente constituidos por partes de la cabeza —catorce cráneos, dos tibias y un fragmento indeterminado—. Koenigswald imaginaba que tal depósito habría sido resultado de una incauta horda presa de sangrientos cazadores de cabezas;¹³ sin embargo, la ausencia de huellas de corte o cualquier otro indicio de modificación humana contravienen esta fantástica teoría. Dennell, por su parte, contempla la posibilidad de que éstos hubieran sido deliberadamente sepultados por sus sobrevivientes —lo que implicaría que son más recientes que los fósiles vecinos—; sin embargo, él mismo explica que, en este caso, no existe evidencia alguna de fosos, tumbas o, siquiera, sedimentos de otras capas estratigráficas.¹⁴ Difícilmente, podríamos proporcionar una respuesta sólida al problema; no obstante, consideramos que la idea de un abandono estructurado podría ayudar a dar sentido tanto a la ausencia de intrusiones estratigráficas como al carácter selectivo de los huesos encontrados.¹⁵ Si este fuera el caso, tendríamos que

¹¹ Lewis R. Binford *et al.*, “Zhoukoudian: A Closer Look [and Comments and Reply]”, *Current Anthropology*, v. 27, n. 5, 1986, p. 453-475; Juan Luis Arzuaga e Ignacio Martínez, *La especie elegida*, Madrid, Temas de Hoy, 1998; James R. Steven, “Hominid Use of Fire in the Lower and Middle Pleistocene: A Review of the Evidence”, *Current Anthropology*, v. 30, n. 1, 1989, p. 1-26.

¹² Robin W. Dennell, “The Solo (Ngandong) *Homo erectus* Assemblage: A Taphonomic Assessment”, *Archaeology in Oceania*, v. 40, 2005, p. 81-90.

¹³ Gustav Heinrich Ralph von Koenigswald, “Introduction”, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, v. 43, 1951.

¹⁴ Dennell, “The Solo (Ngandong) *Homo erectus*...”, p. 87. Véase también Albert P. Santa Luca, *The Ngandong Fossil Hominids: A Comparative Study of a Far Eastern *Homo erectus* Group*, New Haven, Yale University Press (Yale University Publications in Anthropology 78), 1980, p. 9.

¹⁵ El abandono estructurado, según Pettitt es “el emplazamiento deliberado de un cuerpo en un cierto punto del paisaje, por razones que pueden ascender a

suponer que los cadáveres se degradaron en un lugar distinto y que, una vez desarticulados, sólo los cráneos fueron desplazados al lugar de su hallazgo. En Dmansi, Georgia, se encontraron los restos de cinco individuos de aquella especie hoy conocida como *Homo georgicus* (datada entre 1810000 y 1770000 AP). Dada la ausencia de un patrón de distribución definido, Lumley *et al.* descartan la posibilidad de que su hallazgo en una reducida cavidad natural sea consecuencia de la acción antrópica.¹⁶ Sin embargo, nosotros consideramos que tal argumento es insuficiente, ya que, más allá de los múltiples factores naturales que podrían haber modificado sus posiciones originales, no existen razones para pensar que los antiguos humanos fueran tan rigurosos como los modernos en la disposición de sus cadáveres.

El sitio más ampliamente reconocido como la más antigua evidencia de prácticas funerarias en presapiens es el de la Sima de los Huesos, España; un estrecho foso natural de una cueva de Atapuerca, donde se encontraron los restos de treinta y dos *Homo heidelbergensis* asociados a huesos de otros animales y muy pocos artefactos líticos —datados hacia 350000 AP—. Dada la ausencia de herbívoros, Arzuaga *et al.* descartan la posibilidad del traslado por parte de los carnívoros y, en virtud de la casi total falta de herramientas, se elimina también la opción de que dicho espacio fuera ocupado como vivienda por los homínidos.¹⁷ Sin negar la posibilidad de que algún evento catastrófico haya terminado por arrastrar a tal espacio a un gran número de individuos, el equipo español interpreta dicho hallazgo como producto de la práctica reiterada de arrojar cuerpos muertos en un lugar de difícil acceso. En ese contexto, la presencia de una gran hacha bifacial de cuarcita roja, conocida como Excalibur, es interpretada como resultado de una suerte de rito ofrendario (véanse las láminas 1 y 2). Koutamanis considera que los restos óseos de los seis a ocho

no más que la simple protección contra los carroñeros”. Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 9.

¹⁶ Lumley *et al.*, “Impact probable du volcanisme...”, p. 67.

¹⁷ Juan Luis Arsuaga, Isabel Martínez, Ana Gracia, José Manuel Carretero, Carlos Lorenzo, Nuria García y Ana Isabel García, “Sima de los Huesos (Sierra de Atapuerca, Spain). The Site”, *Journal of Human Evolution*, v. 33, 1997, p. 124-125.

homínidos encontrados de Castel di Guido, Italia —cuya antigüedad se estima en 300 000 a 340 000 años—, podrían haber sido depositados de manera similar.¹⁸ Y Pettitt señala que también los restos neanderthales de la cueva de Pontnewydd, Gales —datados hacia 225 000 AP—, sugieren la intervención antrópica pues, además de tratarse casi exclusivamente de varones de menos de 20 años, ninguno de los huesos encontrados parece evidenciar su traslado por parte de depredadores.¹⁹

Es poco lo que hasta ahora sabemos sobre el comportamiento del recientemente descubierto *Homo naledi*, un animal de baja estatura, alrededor de 1.4 m, cuyas características lo asemejan tanto a los australopitécidos como a los miembros del género *Homo*. La temporalidad que se ha estimado a partir de los diecisiete individuos localizados en la cueva de Rising Star, Sudáfrica, es de entre 335 000 y 236 000 AP;²⁰ y, sin embargo, posee una capacidad craneana bastante baja, en comparación con las especies coetáneas, un máximo de 610 cm³. No se conoce tecnología asociada al *H. naledi* ni se distingue ninguna otra evidencia cultural en su comportamiento; lo llamativo, no obstante, es que 15 de los esqueletos fueron localizados en una misma cámara, a ochenta metros de la entrada de la caverna, con algunos huesos semiarticulados y sin marcas evidentes de la acción de depredadores, una situación definitivamente anómala. Considerando que, con excepción de micromamíferos y aves, no se presentan en la acumulación restos de ningún otro animal y que los análisis tafonómicos apuntan a la desarticulación *in situ*, Dirks, Berger y su equipo proponen que hubo de tratarse de un depósito intencional semejante a los que acabamos de reseñar.²¹

¹⁸ Dafne Koutamanis, *The Place of the Neanderthal Dead. Multiple Burial Sites and Mortuary Space in the Middle Paleolithic of Eurasia*, tesis de maestría en Prehistoria, Leiden, Universidad de Leiden, 2012, p. 13.

¹⁹ Vale añadir que, tal como sucede en la Sima de los Huesos, Atapuerca, aquí también la muestra ósea se encuentra mayoritariamente representada por dientes y falanges. Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 55.

²⁰ Paul H. G. M. Dirks *et al.*, “The Age of *Homo naledi* and Associated Sediments in the Rising Star Cave, South Africa”, *Elife*, v. 6, 2017, p. 1-59.

²¹ Paul H. G. M. Dirks *et al.*, “Geological and Taphonomic Context for the New Hominin Species *Homo naledi* from the Dinaledi Chamber, South Africa”, *Elife*, v. 4, 2015, p. 1-37.

La hipótesis ha sido puesta en duda por múltiples especialistas, entre los que se cuentan Stringer y Val;²² la falta de una explicación más consistente, por el contrario, permite continuar contemplando la viabilidad de la proposición original.

Aunque con mayor grado de complejidad comportamental, lo hasta aquí visto guarda cierta semejanza con las conductas descritas para los animales no humanos pues, como bien señalan Pettitt y Anderson, las prácticas de los homíninos antiguos pueden ser leídas en términos semejantes a los usados para los grandes simios, evitación de los lugares en que ocurre el deceso, interacción con los cadáveres, actividades mortuorias, como llanto, o el traslado de cuerpos.²³ A ello se suman las muestras de “compasión”, que aluden igualmente a la anticipación de la muerte y su ideación como posibilidad.

Muerte, evolución y revolución

Las prácticas mortuorias de los primeros *H. sapiens* no distan mucho de estas clases de comportamientos.

Al día de hoy, los restos más antiguos conocidos para nuestra especie son las fragmentarias osamentas del sitio marroquí de Jebel Irhoud y cuentan con una data de alrededor de 300 000 AP; se asocian a una industria musteriense y a múltiples restos de fauna.²⁴ El cráneo de uno de los individuos, un adulto masculino conocido como Irhoud 1, carece de base occipital; se ha especulado por ello

²² Chris Stringer, “The Many Mysteries of *Homo naledi*”, *Elife*, v. 4, 2015, p. 2; Aurore Val, “Deliberate Body Disposal by Hominins in the Dinaledi Chamber, Cradle of Humankind, South Africa?”, *Journal of Human Evolution*, v. 96, 2016, p. 145-148.

²³ Paul Pettitt y James Anderson, “Primate Thanatology and Hominoid mortuary Archeology”, *Primates*, v. 61, n. 1, 2020, p. 10-11.

²⁴ Jean-Jacques Hublin *et al.*, “New Fossils from Jebel Irhoud, Morocco and the Pan-African Origin of *Homo sapiens*”, *Nature*, v. 546, 2017, p. 289-307. Los fragmentos craneales de Rabat y Dar-es-Soltan II podrían corresponder a la misma ocupación del norte de África. Véase Chris Stringer, “The Origin and Evolution of *Homo sapiens*”, *Philosophical Transactions B*, v. 371, 2016, p. 3.

que fuese resultado de la extracción del cerebro,²⁵ algo que carece del debido fundamento. De temporalidad semejante es el cráneo de Florisband, Sudáfrica, entre 294 000 y 224 000 AP; los restos, en este caso, aparecen entremezclados con fragmentos óseos de otros animales, todos ellos con marcas de masticado por hienas. Se fecharon en 195 000 AP los segmentos craneales del río Omo, Etiopía; ahí tampoco se reconocen evidencias claras de actividad mortuoria.²⁶ El primer sitio con claras evidencias de manipulación *post mortem* en nuestra especie es Herto, Etiopía. Se trata de un yacimiento en las inmediaciones del río Awash, datado entre 160 000 y 154 000 AP, en el que se localizaron tres cráneos con marcas de corte muy diferentes de las que se observan en los huesos de animales consumidos; los restos aparentemente corresponden a un adulto masculino casi completo, un adulto fragmentario y un infante de seis o siete años igualmente parcial. Todo apunta a que fueron descarnados y trasladados, pero no con fines alimentarios.²⁷

Los datos más tempranos relativos al uso sistemático de un espacio para el depósito de restos humanos son los que conciernen a los yacimientos israelíes de Skhul y Qafzeh, en el Monte Carmelo. El primero es un abrigo rocoso derrumbado, cuya ocupación ronda entre 130 000 y 100 000 AP, y el segundo, una cueva profunda, con datas de entre 100 000 y 90 000 AP; ambos parecen corresponder a una primera salida “infructuosa” del *sapiens* de África.²⁸ Las dos oquedades naturales contienen lítica musteriense y conchas perforadas probablemente utilizadas como pendientes; a ello se suma, para el caso de Qafzeh, la presencia de fogones no directamente vinculados con los elementos esqueléticos. En Skhul se han localizado 10 individuos, 7 adultos y 3 infantes, y en Qafzeh, 15, 8 niños

²⁵ E. Ennouchi, “Un néandertalien: l’homme du Jebel Irhoud (Maroc)”, *L’Anthropologie*, v. 66, 1962, p. 279-298.

²⁶ Stringer, “The Origin and Evolution of *Homo sapiens*”.

²⁷ Tim D. White *et al.*, “Pleistocene *Homo sapiens* from Middle Awash, Ethiopia”, *Nature*, v. 423, 2003, p. 742; Desmond J. Clark *et al.*, “Stratigraphic, Chronological and Behavioral Context of Pleistocene *Homo sapiens* from Middle Awash, Ethiopia”, *Nature*, v. 423, 2003, p. 747-751.

²⁸ John J. Shea y Ofer Bar-Yosef, “Who Were the Skhul/Qafzeh People? An Archaeological Perspective on Eurasia’s Oldest Modern Humans”, *Journal of the Israel Prehistoric Society*, v. 35, 2005, p. 452.

y 7 adultos; en ambos sitios, se encuentran tanto inhumaciones formales —Skhul 1, 4 y 5; Qafzeh 8, 9, 10, 11, 13 y 15— como esqueletos que fueron simplemente colocados sobre la superficie.²⁹

En los dos sitios se observan arreglos que sugieren una intencionalidad funeraria. Los depósitos de Skhul aparecen tanto al interior de cavidades naturales como en pozos excavados; los entierros 4, 5 y 6 se encuentran orientados hacia el norte, es decir, hacia el valle, y el 9 se asocia a restos craneales de bóvido (véase la lámina 3).³⁰ En Qafzeh, los depósitos 9 y 10, correspondientes a una mujer joven y un infante, parecen haber sido colocados juntos —el menor se ubica en las extremidades inferiores de la adulta y le faltan los pies sin que haya huellas de perturbación—; Qafzeh 8 se encuentra vinculado con un bloque de ocre y varias navajas líticas.³¹ De mucho mayor interés aún, es el entierro 11 del mismo sitio, pues en él se ubicó a un chico que, exhibiendo una seria fractura frontal, hubo de padecer múltiples trastornos neurológicos y de personalidad —retraso en el crecimiento, dificultades para controlar el movimientos, mal funcionamiento visual y disfunciones en el lenguaje. El individuo, evidentemente, hubo de requerir ayuda para sobrevivir y presentar conductas atípicas; la colocación de las osamentas es igualmente inhabitual, se encontró en un foso delineado por piedras, estarcido de ocre y ensartado por el pecho en las astas de un ciervo rojo.³²

Los entierros más cercanos en temporalidad a los de Israel no constituyen más de una variopinta muestra de restos dispersos en una extensión tan amplia como la distancia entre el norte de África y Oceanía.

²⁹ Marian Vanhaeren *et al.*, “Middle Paleolithic Shell Beads in Israel and Algeria”, *Science*, v. 312, 2006, p. 1786; Daniella E. Bar-Yosef Mayer, Bernard Vandermeersch y Ofer Bar-Yosef, “Shells and Ocre in Middle Paleolithic Qafzeh Cave, Israel: Indications for Modern Behavior”, *Journal of Human Evolution*, v. 56, 2009, p. 307-314; Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 59-68.

³⁰ Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 59-62.

³¹ *Idem.*

³² Hélène Coqueugniot *et al.*, “Earliest Cranio-Encephalic Trauma from the Levantine Middle Palaeolithic: 3D Reappraisal of the Qafzeh 11 skull, Consequences of Pediatric Brain Damage on Individual Life Condition and Social Care”, *PLoS One*, v. 9, n. 7, 2014, p. 1-10.

En Border Cave, Sudáfrica, se localizaron segmentos corporales correspondientes a cuatro individuos; el cráneo fragmentario de un adulto, una mandíbula fragmentaria y otra completa de individuos mayores y el esqueleto parcial de un infante de cuatro a seis meses de edad. Las dataciones rondan entre 80 000 y 70 000 AP y los restos infantiles fueron inhumados en una fosa excavada, estarcidos con ocre y acompañados de una concha perforada para usarse como pendiente. Con fechas de entre 60 000 y 50 000 AP, se localizaron en Taramsa, Egipto, los restos de un niño sepultados en una cavidad artificial y en asociación a herramientas líticas. Y, en las inmediaciones del lago Mungo, Australia, con una temporalidad de entre 60 000 y 40 000 años de antigüedad, se localizaron tres individuos sometidos a tratamientos muy diferentes entre sí; una joven cuyos restos fueron cremados, molidos y enterrados en un espacio doméstico, un anciano inhumado y estarcido con ocre y elementos óseos fragmentarios de un tercer sujeto.³³

Lo llamativo es que la aparición de las prácticas mortuorias en nuestra especie no ocurre como un fenómeno aislado sino que, al parecer, coincide temporal y, a veces, geográficamente con el surgimiento de otras manifestaciones culturales sofisticadas: cambios en la dieta, innovaciones tecnológicas y, sobre todo, los orígenes del arte visual.

Las evidencias más tempranas de esta clase de comportamientos en nuestro género se ubican en Asia y parecen ser producto del *Homo erectus*; tal es el caso de las cazoletas, o cupules, de Daraki-Chattan, India, con una supuesta data de hasta 700 000 AP y el zig-zag de la concha de Trinil, Indonesia, fechada en 430 000 AP.³⁴ Se trata, en ambos casos, de manifestaciones aparentemente aisladas cuya ejecución no parece haber derivado en la concreción de un sistema. Como ya lo señalamos en el capítulo anterior, la capacidad para manejar símbolos y comunicar a través de ellos también

³³ Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 73-75.

³⁴ Paul Taçon, "The Rock Art of South and East Asia", en Bruno David e Ian J. McNiven (eds.), *The Oxford Handbook of Archaeology and Anthropology of Rock Art*, Nueva York, Oxford University Press, 2017, p. 181; Josephine Joordens et al., "Homo erectus at Trinil on Java Used Shells for Tool Production and Engraving", *Nature*, 2014, v. 10, research letter.

se encuentra presente en animales no humanos; y, según se observa en el caso de los simios aculturados, ésta puede, eventualmente, alcanzar un considerable nivel de complejidad. No resulta, entonces, del todo sorprendente que, así como esporádicamente los homínidos de especies diferentes a la nuestra llegaron a desplegar conductas mortuorias relativamente complejas, eventualmente también hubieran hecho uso de su potencial simbólico para comunicar por medios plásticos duraderos.

Al menos en el registro arqueológico, las cosas en nuestra especie lucen bastante diferentes.

Las pruebas más tempranas del uso de ocre se ubican en África entre 270 000 y 100 000 AP; tenemos pruebas de su extracción en Kapthurin, Kenia, y Twin Rivers, Zambia, las más tempranas; Pinnacle Point, Sudáfrica, hacia 164 000 AP, con marcas de frotado; Blombos Cave, en el mismo país, entre 100 000 y 75 000 AP, con indicios de su preparación, y Border Cave, hacia 100 000 AP como “lápices de hematita”.³⁵ Se encuentran conchas perforadas para su uso como pendientes en varios sitios marroquíes —Smugglers Cave, 108 000 AP; Pigeons Cave, 82 500 AP; Rhafa’s Cave, 80 000-70 000 AP, e Ifri n’Ammar, 83 000 AP— y sudafricanos —Border Cave, en contexto mortuario hacia 76 000 AP; Blombos Cave, 75 000 AP, y Sibudu Cave 70 000 AP—; en todos los casos se descarta la posibilidad de un depósito natural.³⁶ Las dataciones más tempranas para incisiones sobre objetos provienen de Blombos Cave y oscilan entre 100 000 y 75 000 AP; sean sobre fragmentos de ocre o sobre hueso, se nota que algunas parecen marcas aleatorias y otras muestran patrones geométricos deliberados. Se conocen, asimismo, cascarones de avestruz con grabados en el abrigo de Apollo 11, Namibia, 83 000 AP, y Diepkloof, Sudáfrica, 60 000 AP.³⁷ Hasta el momento, la obra figurativa más temprana conocida es el arte parietal recientemente registrado en la cueva de Leang-Bulu’Sipong 4, en Sulawesi, Indonesia, fechado por series de Uranio en más de 44 000 AP; en él se observa a varios

³⁵ Larissa Mendoza Traffon, *Art in the Making. The Evolutionary Origins of Visual Art as a Communication Signal*, Leiden, Leiden University Centre for the Arts and Society, 2014, p. 45-46.

³⁶ *Ibidem*, p. 52.

³⁷ *Ibidem*, p. 58.

herbívoros siendo cazados por un grupo de diminutos seres antropozoomorfos.³⁸ Lo siguiente será el desarrollo del arte del Paleolítico Superior europeo, un sistema pictórico claramente identificable que hubo de perdurar por alrededor de veinte mil años.

Pareciera, así, que, en contraste con lo antes visto, aquí se observa un proceso de sofisticación conductual que, una vez arrancado, continúa progresivamente hasta dar lugar a formas de expresión semejantes a las de las actuales culturas humanas. Esto, aunado a importantes modificaciones tecnológicas y a las estrategias adaptativas, ha dado pie a que múltiples investigadores plantearan la existencia de una verdadera revolución cognitiva en algún momento entre 100 000 y 50 000 AP.³⁹ Basándose en estudios vigentes sobre la evolución del cerebro, se propone, *grosso modo*, que la evolución de la mente terminó por conllevar a un uso más eficiente del lenguaje como sistema de generación y almacenamiento de símbolos; ello condujo a un mejor procesamiento de la información social y, por consiguiente, a la innovación en formas de interacción y expresión más complejas.⁴⁰ De acuerdo con Mithen,

³⁸ Maxime Aubert *et al.*, “Earliest Hunting Scene in Prehistoric Art”, *Nature*, n. 576, 2019, p. 442-445.

³⁹ Por ejemplo, Steven Mithen, “Paleolithic Archaeology and the Evolution of Mind”, *Journal of Archaeological Research*, v. 3, n. 4, 1995, p. 305-332; *The Prehistory of the Mind. The Cognitive Origins of Art and Science*, Londres, Thames and Hudson, 1999; Paul Mellars, “The Emergence of Biologically Modern Populations in Europe: A Social and Cognitive Revolution?”, *Proceedings of the British Academy*, v. 88, 1996, p. 179-201; *The Neanderthal Legacy: An Archaeological Perspective from Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1996; “The Impossible Coincidence. A Single-Species Model for the Origins of Modern Human Behavior in Europe”, *Evolutionary Anthropology*, v. 14, 2005, p. 12-27; “Neanderthal Symbolism and Ornament Manufacture: The Busting Bubble?”, *Proceedings of the National Academy of Science*, v. 107, n. 47, 2010, p. 20147-20148; Richard G. Klein, “Whither the Neanderthals?”, *Science*, v. 299, 2003, p. 1525-1527; Ian Davidson, “The Archaeology of Cognitive Evolution”, *WIREs Cognitive Science*, v. 1, 2010, p. 214-229; Peter N. Peregrine, *What Happened in Prehistory?*, Appleton, Lawrence University (Faculty Monographs 1), 2012, https://lux.lawrence.edu/faculty_monographs/1/ (consultada: 4 de junio de 2018).

⁴⁰ Ofer Bar-Yosef, “The Upper Paleolithic Revolution”, *Annual Review of Anthropology*, v. 31, 2002, p. 378; Mendoza, *Art in the Making*, p. 124-143. Las posiciones respecto de dichas transformaciones conductuales, como apunta Bar-Yosef, pueden clasificarse en tres grupos; los que niegan la existencia de una revolución, apostando por un desarrollo gradual no demostrable por la falta de

este proceso de evolución habría implicado el paso por tres diferentes estadios:

- a) Una inteligencia general, propia de los primates no humanos actuales y arqueológicamente reconocible por la ausencia general de productos propiamente culturales.
- b) Una mente seccionada en módulos independientes (lenguaje, tecnología, historia natural, etcétera) que, como navaja suiza, pondría en función una u otra capacidad, según las necesidades vigentes, característica de los homíninos prehistóricos; esta forma de pensamiento se identificaría a partir del desarrollo y posterior estancamiento en la innovación tecnológica.
- c) Una inteligencia en la que los diferentes módulos se encuentran interconectados por el lenguaje, típica de la humanidad moderna, en la que, gracias a la depuración de la habilidad lingüística se logra una vida social más amplia, una transmisión más rápida de la información y la acumulación de conocimiento cultural.⁴¹

Más allá de las distintas inconsistencias que puedan encontrarse entre los datos concretos y los postulados de esta hipótesis, Mendoza Straffon da cuenta de dos objeciones mayores a dicho modelo; primero, no existe evidencia de que alguna vez la mente se haya encontrado estructurada en forma modular,⁴² y segundo, las evidencias del Paleolítico Medio, asociado a los neandertales, en lugar de mostrar el estatismo que se pretende, dan cuenta de cambios comportamentales que, entre otras cosas, involucran el desarrollo de las prácticas funerarias.

Los únicos testimonios de la creación deliberada de espacios específicos para el depósito de cadáveres en una especie distinta de la nuestra se encuentran, de hecho, en el *H. neanderthalensis*.

datos en zonas clave, los que atribuyen la revolución a condicionantes sociales y los que la adjudican a determinantes de índole biológica, es decir, a la evolución. Bar-Yosef, "The Upper Paleolithic Revolution", p. 376-377.

⁴¹ Steven Mithen, "Paleolithic Archaeology and the Evolution of Mind", p. 305-332; *The Prehistory of the Mind. The Cognitive Origins of Art and Science*, Londres, Thames and Hudson, 1999.

⁴² Mendoza, *Art in the Making*, p. 136, 143.

Es posible que los hallazgos más tempranos alcancen los 122 000 años;⁴³ pero, los más certeramente reconocidos como entierros formales casi siempre se ubican entre 70 000 y 34 000 AP. Las inhumaciones son relativamente frecuentes en Europa del Este, Europa Occidental y Medio Oriente; sin embargo, existen amplias regiones en las que el Paleolítico Medio se encuentra bien documentado y, pese a ello, parecen carecer de esta clase de manifestaciones. En algunas ocasiones, se advierte el reuso de cavidades naturales mientras que, en otras, más bien parece tratarse de fosos, al menos, parcialmente excavados (véase la lámina 4). Los sitios con esta clase de manifestaciones no parecen haber tenido funciones exclusivamente funerarias y es común, por consiguiente, que los esqueletos enterrados se asocien tanto a restos faunísticos como a otros huesos humanos desarticulados. Cerca de 50% de las sepulturas parece haber estado marcado por lápidas, unas cuantas parecen haber estado bordeadas por piedras y en un solo caso —Le Regourdo— parece haberse construido una estructura semejante a una tumba. La población representada incluye todos los grupos de edad y sexo pero resultan particularmente abundantes los individuos infantiles.⁴⁴ Dentro de este universo sumamente variable, conformado por alrededor de 40 entierros, tres sitios resultan ser particularmente llamativos por la inusual concentración de evidencias. En Amud, Israel, se localizaron restos óseos pertenecientes a 16 individuos diferentes repartidos en distintos grupos etarios; muchos de ellos se encontraron sumamente fragmentados y sólo

⁴³ El hallazgo consiste en unos cuantos restos articulados al interior de una cavidad superficial y en proximidad a un bloque de caliza en el sitio de Tabun, Monte Carmelo, Israel. Rainer Grün y Chris B. Stringer, “Tabun Revisited: Revised ESR Chronology and New ESR and U-Series Analyses of Dental Material from Tabun C1”, *Journal of Human Evolution*, v. 39, 2000, p. 601-612.

⁴⁴ Koutamanis, *The Place of the Neanderthal Dead*; William Rendu *et al.*, “Evidence Supporting an Intentional Neanderthal Burial at La Chapelle-aux-Saints”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, v. 111, n. 1, 2014, p. 81-86; Michael J. Walker, Mariano V. López-Martínez, Jon Ortega-Rodríguez, María Haber-Urriarte, Antonio López-Jiménez, Azucena Avilés-Fernández, Juan Luis Polo-Camacho, Matías Campillo-Boj, Jesús García-Torres, José S. Carrión García, Miguel San Nicolás-del Toro y Tomás Rodríguez-Estrella, “The Excavation of Buried Articulated Neanderthal Skeletons at Sima de las Palomas (Murcia, SE Spain)”, *Quaternary International*, v. 259, n. 9, 2012, p. 7-21.

cuatro parcialmente completos. Entre estos últimos, destacan el par de esqueletos colocados con la cabeza orientada al noroeste y el colocado en un pequeño nicho contra la pared con el maxilar de un ciervo rojo en contacto con su pelvis.⁴⁵ Los materiales de Shanidar, Irak, parecen semejantes pues, mientras algunos individuos se muestran muy deteriorados, otros aparecieron casi intactos. Todos los esqueletos se encuentran en un radio de no más de ocho metros y concentrados en dos distintas profundidades del mismo estrato. Tres de los individuos se hallaron tendencialmente orientados al este y todos ellos se ubicaron en medio de múltiples artefactos líticos, fogones y restos de fauna. Entre los entierros, sobresalen Shanidar 1, que se encontró en posición anatómica y con los brazos flexionados sobre el pecho, y Shanidar 4, cuyo sedimento es distinto al del resto de la cueva y se vinculó con restos de polen, eventualmente interpretado como parte de una ofrenda floral.⁴⁶

Sin lugar a dudas, La Ferrassie constituye el mejor ejemplo de planeación en un espacio mortuario en esta especie pues, no sólo la construcción de sepulturas terminó por modificar la topografía del lugar, sino que, además, éstas muestran relaciones entre sí que, difícilmente podrían deberse al azar. Seis de los siete esqueletos fueron dispuestos en pares y el restante en la posición central, cinco de ellos se encontraron con la misma orientación este-oeste, tres parecen haber sido recubiertos de piedras y uno de ellos se encontraba asociado a piezas musterienses de gran calidad. El conjunto más llamativo, en este sitio, está conformado por dos individuos colocados cabeza a cabeza en la misma posición —La Ferrassie 1 y La Ferrassie 2—; uno de ellos apareció, además, asociado a tres losas de piedra —una por debajo de la cabeza y las otras dos flanqueando el torso—.⁴⁷ La ausencia de contextos identificados como

⁴⁵ Koutamanis, *The Place of the Neanderthal Dead*, p. 35-40.

⁴⁶ Erik Trinkaus, *The Shanidar Neanderthals*, Nueva York, Academic Press, 1983; Koutamanis, *The Place of the Neanderthal Dead*, p. 40-48. Es interesante notar, en este caso, que el sitio también presenta evidencias funerarias protoneolíticas y que la cueva se encontraba habitada por familias de kurdos al momento de la excavación.

⁴⁷ Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 131-136; Koutamanis, *The Place of the Neanderthal Dead*, p. 28-32. También se han registrado grabados

entierros en zonas efectivamente ocupadas por neandertales muestra que poblaciones geográficamente separadas debieron ofrecer distintos tratamientos a sus cadáveres. La presencia de gran número de restos infantiles —generalmente más frágiles— sugiere que la inhumación estuvo normada por ciertos procesos de selección. Mientras que el hecho de que sólo el 8% de los 500 individuos hasta ahora excavados haya sido sepultado nos indica que tal recurso sólo debió ser excepcionalmente practicado.⁴⁸

Tal como en el *sapiens*, también en este caso el desarrollo de las prácticas funerarias tiene como paralelo el proceso de invención de las artes visuales.

Las evidencias más tempranas de extracción de ocre rojo se remontan a 250 000-200 000 AP y fueron registradas en el sitio holandés de Maastricht-Belvédère; el uso de tales colorantes se torna más frecuente entre 60 000 y 40 000 AP.⁴⁹ La fabricación de pendientes de restos animales se registra por primera vez en la Cueva de los Aviones, España, entre 115 000 y 120 000 AP;⁵⁰ luego, en Cova Forada, en el mismo país, hacia 80 000 AP,⁵¹ y se presenta de manera mucho más recurrente por toda Europa hacia el 40 000 AP.⁵² Aunque con ciertas dudas y agudas críticas, se han datado, por último, pinturas parietales, sobre todo en color rojo, en más de 60 000 AP en las cuevas de La Pasiega, Maltravieso y Ardales, España; en ellas se observan siluetas animales, líneas, puntos, discos,

rupestres en forma de vulvas, pero lo más probable es que correspondan a una ocupación más tardía.

⁴⁸ Paul Pettitt, “The Neanderthal Dead: Exploring Mortuary Variability in Middle Paleolithic Eurasia Before farming. The Archaeology and Anthropology of Hunter Gatherers”, v. 4, 2002, p. 1-26. 18-19.

⁴⁹ Will Roebroeks *et al.*, “Use of Red Ochre by Early Neanderthals”, *Proceedings of the National Academy of Science*, v. 109, n. 6, 2012, p. 1889-1894; April Nowell, “Defining Behavioral Modernity in the Context of Neanderthal and Anatomically Modern Human Populations”, *Annual Review of Anthropology*, v. 39, 2010, p. 443.

⁵⁰ Dirk L. Hoffmann *et al.*, “Symbolic Use of Marine Shells and Mineral Pigment by Iberian Neanderthals 115 000 Years Ago”, *Science*, v. 4, 2018, p. 1-6.

⁵¹ Antonio Rodríguez Hidalgo *et al.*, “The Châtelperronian Neanderthals of Cova Foradada (Calafell, Spain) Used Imperial Eagle Phalanges for Symbolic Purposes”, en *PeerJ Preprints*, 2019, en <https://peerj.com/preprints/27133v2/> (consultada: 12 de junio de 2020).

⁵² João Zilhão, “Modernos y neandertales en la transición del Paleolítico medio al superior en Europa”, *Espacio, Tiempo y Forma*, v. 1, 2008, p. 47-58.

diseños con trazos horizontales y verticales y manos en negativo.⁵³ A ello se suma el ya muy conocido grabado cruciforme en la cueva de Gorham, Gibraltar, en un estrato imperturbado que contenía materiales musterienses datados hacia 39 000 AP.⁵⁴

Sabemos desde hace tiempo que *sapiens* y neandertales coexistieron en Europa y Medio Oriente, e incluso se cruzaron, entre 65 000 y 47 000 AP;⁵⁵ resulta difícil, sin embargo, entender el grado de influencia que los unos hubieron de tener sobre los otros en el desarrollo de las artes visuales y las prácticas mortuorias.

Lo cierto es que, si comparamos los muy tempranos contextos funerarios que, para ambas especies, se registran en Medio Oriente, podemos encontrar varias coincidencias: tanto en uno como en el otro caso parece haberse preferido el depósito de muertos en cavidades naturales; *sapiens* y neandertales recurrieron igualmente al entierro y la colocación de cuerpos en superficie; en los sitios de las dos clases de homíninos se localizaron conchas, ocre, restos de fauna y herramientas líticas; ninguna de las dos especies se apegó a patrones rígidos de acomodo u ordenamiento espacial y en ambos casos se observa un porcentaje elevado de restos infantiles —46% en los *sapiens* y 38.8% en los neandertales—, lo que pudiera sugerir alguna forma de selección (véase el cuadro 2).

Mellars considera que los neandertales no tenían la capacidad de producir cultura sofisticada y que lo que observamos en los registros citados no es más que la prueba de conductas imitativas que no necesariamente involucraron el pleno entendimiento de su

⁵³ Dirk L. Hoffmann *et al.*, “U-Th Dating of Carbonate Crusts Reveals Neandertal Origin of Iberian Cave Art”, *Science*, v. 4, 2018, p. 1-81.

⁵⁴ Joaquín Rodríguez-Vidal *et al.*, “A Rock Engraving Made by Neanderthals in Gibraltar”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, v. 111, n. 37, 2014, p. 13301-13306. Por ejemplo, White y su equipo hacen notar la existencia de posibles errores de fechamiento. Randall White *et al.*, “Still No Archaeological Evidence that Neanderthals Created Iberian Cave Art”, *Journal of Human Evolution*, v. 144, 2020, <https://doi.org/10.1016/j.jhevol.2019.102640> (consultada: 13 de junio de 2020).

⁵⁵ Paola Villa y Wil Roebroeks, “Neanderthal Demise: An Archaeological Analysis of the Modern Human Superiority Complex”, *PLoS One*, v. 9, n. 4, 2014, p. 6-7.

sentido original.⁵⁶ Difícilmente, los datos arqueológicos podrían bastar para establecer si aquello que se adquiere por imitación puede o no ser cabalmente entendido por sociedades constituidas por una humanidad distinta a la nuestra, eso es mera especulación; pero si, al menos algunas de las dataciones más tempranas fueran correctas, ello mostraría que, en algún punto, la creación cultural neandertal ocurrió de manera independiente y paralela.

Dicho de otro modo, los datos revisados sugieren que, de haberse producido esa supuesta revolución, ésta habría involucrado a ambas especies.

Revolución e invención

Dada la antigüedad de los restos y la variedad de los contextos en que figuran, resulta sumamente difícil reconocer la intencionalidad de un depósito. Sin que éstas se encuentren necesariamente mejor fundadas, muchos especialistas parecen sentirse más cautos cuando, al abordar arreglos inusuales, prefieren recurrir a explicaciones catastróficas.⁵⁷ Y, aun aceptándose que los antiguos homínidos practicaran el entierro o el abandono estructurado, los registros conocidos pocas veces parecen evidenciar un pensamiento religioso; pudiera, por ejemplo, argumentarse que el alejamiento de los cadáveres simplemente respondía a una precaución higiénica o al

⁵⁶ Paul Mellars, “The Impossible Coincidence. A Single-Species Model for the Origins of Modern Human Behavior in Europe”, *Evolutionary Anthropology*, v. 14, 2005, p. 12-27.

⁵⁷ Hasta los más evidentes entierros neanderthales han sido vistos con cierto escepticismo. Marvin Harris, *Nuestra especie*, Madrid, Alianza, 1995, p. 84; Robert H. Gargett, “A Response to Hovers, Kimbel, and Rak’s Argument for the Purposeful Burial of Amud 7”, *Journal of Human Evolution*, v. 39, 2000, p. 261-266. Es posible que la preferencia por las explicaciones basadas en fenómenos naturales se derive del supuesto de que éstas implican un menor grado de preconcepción por parte del investigador. Corbey explica: “Hay varias preconcepciones respecto de lo que son ‘un sitio de campamento’, ‘el lenguaje’, un ‘depósito ritual’, o una secuencia de actos tecnológicos y cómo estos fenómenos deben ser conceptualizados. Estas preconcepciones, junto con las dataciones ambiguas, maquillan nuestras reconstrucciones del pasado”. Raymond Corbey, *The Metaphysics of Apes: Negotiating the Animal-Human Boundary*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 115.

miedo a que éstos terminaran por atraer depredadores. Sin embargo, el hecho de que recientemente se haya descubierto que, al menos, algunos de tales *Homo* también llegaron a producir manifestaciones gráficas nos induce a contemplar la posibilidad de que sus maneras de lidiar con la muerte estuvieran igualmente mediadas por la simbolización. Después de todo, las observaciones en primates tampoco parecen indicar que el asco a la putrefacción se haya desarrollado antes que el horror a la muerte. Entonces, si las interpretaciones aquí planteadas fueran correctas, podríamos notar que, en ningún punto de la evolución humana se observan indicios de aquella “revolución cognitiva” que habría desembocado en la repentina conciencia de muerte que habían planteado los eruditos de fines del siglo XIX.⁵⁸

Buena parte de las más conocidas evidencias tempranas de arte, cualquiera que sea la especie de su autoría, se caracterizan por no consistir más que en diseños geométrico-lineales; y, ya sea que se trate la concha de Trinil, Indonesia; del bloque de ocre de Blombos Cave, Sudáfrica; de las controversiales pinturas de las cuevas españolas o del “hashtag” de la cueva de Gorham, Gibraltar, su sentido nos resulta hoy virtualmente indescifrable. Lo interesante es que, al menos ocasionalmente, algunas de tales obras aparecen directamente ligadas a contextos mortuorios; esto, por ejemplo, se observa en el hueso esgrafiado que acompañaba al Entierro 1 de La Ferrassie y en las cazoletas perforadas sobre la cara inferior de la piedra que recubría al Individuo 6 del mismo sitio —un niño neandertal de entre 3 y 5 años de edad—.⁵⁹ Ahora, si en lugar de centrar nuestra atención en las piezas de menor valor utilitario, nos preocupamos por la aparición de una dimensión estética en los distintos mate-

⁵⁸ Según señala Zilhão, no ha sido raro que los especialistas asuman equivocadamente que “las personas que no eran anatómicamente como ‘nosotros’ tampoco hubieran podido ser como cognitivamente como ‘nosotros’. Los neandertales y formas arcaicas de humanidad, viviendo en otros lugares de África, Europa o Asia, eran entonces vistos como una suerte de discapacitados por comparación, carentes de pensamiento simbólico y lenguaje, o como sólo poseedores de versiones inferiores y primitivas de ellos”. João Zilhão, “Personal Ornaments and Symbolism among the Neanderthals”, *Developments in Quaternary Science*, v. 16, 2012, p. 36.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 37.

riales conservados, podemos ver que, a partir del Achelense (iniciado hace 1.7 millones de años) algunos de los instrumentos encontrados comienzan a presentar una serie de cuidadosos retoques que van más allá de lo estrictamente funcional. Lo relevante es que, en algunos de los casos aquí tratados, tales piezas fueron encontradas completas y en asociación a depósitos o entierros —lo que, al menos, se observa en *H. heidelbergensis* y *H. neanderthalensis*. En África y Medio Oriente, se han localizado varios sitios —de entre 300 000 y 75 000 años— con evidencias de extracción intencional de ocre; incluso, en Blombos Cave se encontraron dos conchas de abulón usadas como contenedores de dicho pigmento.⁶⁰ Las pruebas más tempranas del uso de tales óxidos entre los neandertales europeos pueden alcanzar los 250 000 años y se vuelven más frecuentes entre 60 000 y 40 000 AP. Ignoramos su función específica, pero resulta llamativo encontrarlo en asociación a entierros de *H. sapiens* en épocas tan tempranas como los 100 000 AP.⁶¹

Las primeras evidencias del uso de ornamentos se corresponden con una temporalidad similar en nuestra especie, en *H. neanderthalensis* y, entre 50 000 y 30 000, en los aún mal definidos denisovanos.⁶² Parece claro que, al menos ocasionalmente, los *H. sapiens* llegaron a depositar esta clase de objetos en compañía de cadáveres; tal es, aparentemente, el caso de las conchas perforadas que se encontraron asociadas a los restos de diez individuos en Skhul, Israel. La simple aparición de esqueletos acompañados de materiales en buen estado de conservación sugiere que, en aquellos lejanos tiempos, los muertos no siempre fueron vistos como simples desechos. La presencia de manifestaciones plásticas en tales contextos pudiera insinuar una intención comunicativa. Mientras que el hecho de que se depositaran cadáveres junto a las mismas clases de objetos utilizados por los vivos nos invita a suponer que,

⁶⁰ Mendoza, *Art in the Making*, p. 45-46.

⁶¹ Erella Hovers *et al.*, “An Early Case of Color Symbolism: Ochre Use by Modern Humans in Qafzeh Cave”, *Current Anthropology*, v. 44, n. 4, 2003, p. 491-522.

⁶² David Reich *et al.*, “Genetic History of an Archaic Hominin Group from Denisova Cave in Siberia”, *Nature*, v. 468, n. 7327, p. 1053-1060. Los datos son todavía demasiado pobres, pero recientes estudios de ADN mitocondrial sugieren que se trató de una especie contemporánea a la nuestra.

al menos ocasionalmente, los primeros podían ser tratados bajo un estatus similar al de los segundos. Dicho de otro modo, cualesquiera que fueran las ideas asociadas, los contextos referidos indican que, antes de adivinar la presencia de cualquier clase de divinidad o entidad espiritual, parece prevalecer la socialización de, por lo menos, algunos muertos.⁶³

Imposible saber si ese aparente deseo de socialización hubo de desembocar finalmente en alguna clase de concepción sobre mundos y existencias *post mortem*; el contraste con una mayoría ausente en el registro arqueológico sugiere, sin embargo, que, de alguna forma, aquellos muertos eran vistos como especiales. Esa misma socialidad —antes subrayada por Durkheim como fundadora de lo religioso—⁶⁴ adquiere un valor central en las más recientes propuestas sobre las funciones de lo religioso en la evolución humana.

David Sloan observa que la gran mayoría de los sistemas religiosos conocidos no sólo se caracterizan por el contenido de sus creencias sino también por los valores que prescriben.⁶⁵ Y señala que, aunque éstos suelen ser sumamente variables, casi siempre, tienden a favorecer aquellas actitudes que propician la unidad del grupo y a desestimar las que desencadenan el aislamiento o disolución de la sociedad. Partiendo del supuesto de que la existencia de la religión es demasiado costosa como para ser un inútil subproducto del desarrollo cognitivo del ser humano, concluye que su valor evolutivo debió justamente residir en la promoción de una mayor cohesión social; de modo que, ante situaciones de crisis, las poblaciones con religión habrían tenido más posibilidades de sobrevivir que las que carecían de ella. Si esto fuera cierto, habríamos de considerar que muchas de las actitudes de “compasión”, observadas en animales y otras especies de homínidos, constituyen una suerte de prefiguraciones de lo religioso y que las

⁶³ Mellars sugiere que “al menos debemos asumir que el acto del entierro deliberado implica la existencia de cierta clase de vínculo social o emocional”. Mellars, *The Neanderthal Legacy*, p. 381.

⁶⁴ Émile Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*, París, Presses Universitaires de France, 1912.

⁶⁵ David Sloan, *Darwin's Cathedral. Evolution, Religion, and the Nature of Society*, Chicago, University of Chicago Press, 2002; “Testing Major Evolutionary Hypotheses about Religion with a Random Sample”, *Human Nature*, v. 16, n. 4, 2005, p. 382-409.

primeras prácticas funerarias no son sino extensiones, en el dominio de los muertos, de una actitud corrientemente asumida al interior de la sociedad de los vivos. La respuesta que entonces ofreceríamos a nuestros planteamientos iniciales sería que, si la conciencia de muerte hubiera de desencadenar el comportamiento religioso, entonces, tendríamos que contemplar la posibilidad de que la religión no fuera un fenómeno estrictamente humano.

Lo visto hasta ahora no demuestra, sin embargo, la emergencia de religión alguna, pues cualesquiera que sean las especies tratadas, las manifestaciones culturales que nos interesan siempre parecen ocurrir como hechos aislados —eventuales y esporádicos—. Observamos prácticas y deducimos creencias, lo que no notamos aún es la existencia de un sistema; tal parece que, para que esto último se conforme, todavía deberían tener lugar otros procesos.